

## **La otra espera, por Brenda Angélica González González (México)**

A los quince días sin sangrado te preocupas. Sabes que hay una posibilidad de estar embarazada, esa minúscula duda te hace ir directo a un laboratorio para que te realicen una prueba de sangre.

No quieres perder el tiempo, necesitas una certeza de tu estado.

Debes esperar tres horas. Vas al gimnasio y tratas de realizar tu rutina. Sientes tus músculos rígidos. Las piernas no te responden, parecen hechas de cemento, pierdes la agilidad de otros días. Te incomoda la música electrónica, el chillido de los aparatos de pesas, las personas que se mueven, ligeras. Sales de ahí. Huyes de ti misma, pero no lo sabes aún.

Entras a la cafetería. Pides un capuchino y pan francés, no te sabe igual y se lo haces saber a la mesera que nota la absurda petición. El sabor amargo viene de tu boca. Tu lengua es de hiel. Los nervios te consumen, las manos sudorosas las restriegas una y otra vez en los leggings.

Cuando entras al laboratorio, la recepcionista te entrega un sobre tan pálido como tu rostro.

Lees el resultado: es positivo. Verificas varias veces, no lo puedes creer. Serás madre y eso te hace desdichada. Entre más piensas en la situación, el malestar aumenta. Sales del laboratorio, caminas, recorres calles con una prisa imaginaria. Te falta el aire, no puedes respirar, buscas una banca en la plaza y ahí caes rendida. La angustia se apodera de ti, llegas al coche sofocada, esperas varios minutos hasta que por fin puedes conducir.

Has pasado un mes de llanto nublado. Las ojeras comienzan a notarse en tu rostro. Dejas de ir de antro, a cenas y fiestas. Has dejado de fumar, no soportas las náuseas que te provoca el cigarro. Piensas en

Rodrigo, el futuro padre que desconoce la situación. Un día por fin te decides a llamarlo, la secretaria es la que responde que el ingeniero Alba está en una junta con los directivos del corporativo. No te devuelve la llamada hasta una semana después.

Luchas por no desaparecer, pero desde el día en que supiste que estás encinta, te sientes perdida. Tus pensamientos los ocupa el bebé que crece en tu vientre. Tú ya no eres Helena, ya no eres la secretaria del gerente de mercadotecnia de una minera.

Le dices a Rodrigo que tienes siete semanas de embarazo. Silencio en la línea. Su mutismo te mata. Por fin dice que viajará a Zacatecas a verte. Piensas en la posibilidad del aborto, aborreces la idea. Recuerdas el horrible video que las monjas del colegio les hicieron ver.

Cortaban a un bebé en trozos, después lo aspiraban, todo era sangre y piel en pedazos. Un horror.

Tampoco serás una madre soltera, tus amigas y tú siempre las han visto como fracasadas.

Sentiste emoción la primera vez que escuchaste hablar al ingeniero Rodrigo Alba en el curso de capacitación de los gerentes de la zona. Te cautivó su voz elocuente, esa seguridad de estar en el escenario y dominar todo desde arriba. Esa noche te acostaste con él. No te importaron los sermones de tu mamá, lo de esperar virgen hasta el matrimonio, el noviazgo decente y todas las veces que la escuchaste decir que solo las putas se iban con un hombre a la primera.

Se citan en un restaurante, él se ve guapo a pesar de los años que te lleva. Esperas que te diga que está casado, que va a mantener a su hijo, pero nada de matrimonio, que él paga el aborto y una lista de pretextos que anticipaste.

Se ve relajado mientras bebe una copa de tinto, come sin angustia, sonríe. Te distrae su seductora sonrisa, te preguntas cómo puede estar así, tan tranquilo. Tú te desmoronas. Él te propone matrimonio, argumenta que es un hombre responsable al que le importa su hijo.

Pide conocer a tus padres, que dejes el trabajo, que organices la boda y te vayas a vivir a Torreón con él. Los nervios van desapareciendo de a poco. Estás feliz, llena de ilusiones.

Dos meses después eres su esposa. Tuviste la boda de tus sueños con todas las cursilerías y tradiciones a las que no pudiste resistir. Pasan los días y te das cuenta de que no tienes idea de quién es él. Su vida no ha cambiado en absoluto. Tú has dejado a tu familia, casa, amigos, trabajo, ciudad. Estás sola, sola con tu hijo en el vientre que va creciendo, que empieza a moverse, que te provoca vómito por las mañanas.

Rodrigo no te vuelve a tocar, apenas si te habla. Viaja demasiado, él pasa la mayor parte del tiempo en el corporativo, después va al club. Solo le interesa lo relacionado a tu embarazo, te acompaña a los chequeos médicos, te habla para preguntarte si has tomado las vitaminas, te inscribe a clases de yoga para que el bebé esté relajado. Él controla tu dieta, que se vuelve estricta y saludable. Ignora que después de las clases, vas a un súper a comprar dulces, helado, frituras.

Rompes bolsas de papas que mezclas con chocolate, bebes refresco para tragar los trozos de comida. Apenas si distingues los sabores. Sal, azúcar, sal, azúcar. Te atascas de porquerías con culpa y placer.

Van con el ginecólogo, se enteran de que será una niña. Lloras de tristeza. Él no esconde su felicidad, escoge el nombre: Verónica.

Engordas, tu silueta esbelta desaparece. Los meses son lentos, aburridos, la pereza te gana. Desde que llegaste a su casa, te asignó una habitación, nunca han dormido juntos. Te muerdes los labios hasta hacerlos sangrar. Esperas con resignación a que pasen los cuatro meses que faltan para que te quiten al bebé que ha usurpado tu lugar.

En uno de sus tantos viajes te vas a Zacatecas, esperas ilusionada ver a tus padres. Por fin lloras, les pides ayuda para volver con ellos. La cara de tu madre no da lugar a dudas; no serás una madre soltera en su hogar. Tu padre te grita:



—Deberías estar agradecida con Rodrigo que aceptó casarse contigo, ¿cómo eres capaz de pensar en un divorcio?

Regresas al día siguiente a la jaula en Torreón. Es mediodía cuando llegas a la central camionera. La ciudad quema. Sudas hasta empapar tu vestido. Llegas a su casa, una ducha y te tiendes en la cama desnuda, buscando tu cuerpo atrapado en el abultado vientre. Rodrigo te llama, amenaza con dejarte encerrada en casa:

—No puedes volver a salir sola.

El sexto mes de embarazo comienza en mayo junto con sus flamas. El último trimestre será una agonía. Tu paladar seco es igual a la melancolía que cuelga en tu rostro. Laura, tu suegra, organiza un baby shower. Vienen tus padres, algunas de tus amigas parecen envidiar tu suerte. Admiran a tu guapo y exitoso marido.

Las contracciones comienzan quince días antes de la fecha señalada por el ginecólogo. Los dolores en el vientre y la espalda baja te hacen gritar como nunca antes habías gritado. Pides la epidural, tu esposo no autoriza. La dilatación en cuatro horas llega a seis, sientes que te desgarran la piel a cada minuto que pasa. Sudas, muerdes la almohada, tu madre te pide pujar con fuerza, no puedes moverte. El doctor le dice a Rodrigo que deben hacer una cesárea de emergencia, el bebé se ha enredado en el cordón umbilical.

Te acomodan de costado, te piden que doubles las piernas. Después el dolor va desapareciendo, entras al quirófano, alcanzas a escuchar la bendición de tu madre, ves el ceño fruncido de tu esposo. Le dice al médico:

—Salve a Verónica, es la prioridad.

Adentro es frío y blanco. Estás despierta, te desespera no poder moverte. Escuchas las voces del ginecólogo, pero no entiendes lo que dicen, luego todo se interrumpe ante un silencio negro. Sientes que ha pasado demasiado tiempo, no hay llanto. El miedo se apodera de ti, tu presión está subiendo.

Cuando despiertas ya han pasado dos días, estás en la habitación del hospital, débil y dolorida. Rodrigo carga en sus brazos a Verónica. Tu madre le pide a su yerno que te deje verla, él se niega y le pide que los deje descansar.

Se quedan solos, finges dormir. Unos minutos después, Laura entra sin hacer ruido, verifica que duermes, sientes su aliento en tu cara. Le ruega a Rodrigo que no bautice a su nieta con el nombre de Verónica. Él se niega, la fulmina con su mirada. Sus ojos son los de una serpiente a punto de morder, no hay forma de hacerlo cambiar de opinión.

—Ellas se fueron, huyeron, ¿recuerdas? Además, la bebé se parece tanto a...

—¿Por qué crees que quise otra hija?

—¿Has pensado en Helena? ¿Qué vas a hacer si se entera?

—Eso no importa.

Tu suegra insiste, llora. Rodrigo le pide que se vaya de la habitación. Te quedas sola y quieres salir del hospital, pero tu cuerpo no te responde, no tienes la fuerza para huir antes de verla.

Pasan horas hasta que por fin la conoces. Sientes una envidia atroz, es tan hermosa, igual a él. Por la noche piensas con qué nombre horrible la llamarás.